

POESIAS. (1)

ORACIÓN DE LA MAÑANA.

(PARA EL DEVOCIONARIO DE...)

Pues que á la luz de nuevo abres mis ojos,
postrada aquí de hinojos
gracias te doy, Señor, por tu merced.
No dejes que en las horas de este día
náufraga el alma mía
caiga del mal en la tendida red.

Á la penosa marcha interrumpida
de nuevo apercebida,
alzo en mis hombros la pesada cruz:
haz que á llevarla de tu amor aprenda,
y en la difícil senda
piadoso vierte tu serena luz.

Dame fuerzas, oh Tú, que puedes todo,
y encuentre el alma modo
de llevarla hasta el fin con igual fe;
de seguir, alumbrada por tus rayos,
sin dudas ni desmayos,
la roja huella de tu herido pie.

Ya sé que es tu indigencia la riqueza;
ya sé que tu pobreza
es el emblema del supremo bien;
ya sé que es tu corona punzadora
mejor que las que dora
pobre mortal para la regia sien.

Tu senda por seguir, Dios soberano,
á la invisible mano
del ángel de mi guardia me asiré,
y cuanto piense y haga en este día,
mi duelo y mi alegría,
á tu divino amor lo ofreceré.

...Perdón, Señor, si en mi rezar turbado,
apenas pronunciado,
un nombre en mi plegaria oyes sonar...
¡Protégeme!... En el viaje de la vida,
del viento combatida,
su nave corre en más difícil mar.

Guarda en él indeble mi memoria:
ese amor es mi historia,
señor es de mi alma, y dueño y rey...
Mas no culpes mi loco desvarío:
¡esté mi amor, Dios mío,
ajustado á la letra de tu ley!

Guía mis pasos, pues, dulce y clemente
hasta que el sol su frente
mudo sepulte en el dormido mar,
y vuelva fiel ante tu santo leño
á demandarte el sueño
que me dé fuerzas nuevas para andar.

A UNA

QUE SE REÍA DE MÍ CUANDO PASABA.

Mi paciencia es inaudita;
mas ya no pasa de aquí,
que tanta burla me irrita:
va usted á decir, señorita,
porqué se ríe de mí.

¿Tengo la cara tan rara
que no se pueda mirar
sin mover esa algaraza?
Pues yo no encuentro en mi cara
nada de particular.

Sé que, por colmo de males,
soy feo de todos modos;
mas no para risas tales:
ya ve usted, hija, que todos
no podemos ser iguales.

Hacerme así á Dios le plugo.
¿Que estoy flaco? Bien, ¿y qué?
Pues si conquistan su fe
esas caras de besugo,
buen provecho le haga á usted.

El ser flaco es distinguido,
y en todas partes ha sido
señal de ingenio y talento,
desde los tiempos de Dido
hasta el presente momento.

Y no piense usted que saco
cosas que el mundo olvidó
ni que mi mente forjó:
ya ve usted, Horacio Flaco
era más flaco que yo.

En la Historia puede verlo
y allí encontrará al leerlo,
si de averiguarlo trata,
que nunca dejó de serlo
hasta que estiró la pata.

Y, en fin, á sus risas cedo:
mas con lo que yo no puedo
señalarme con el dedo
á las que van con usted;

pues causa tales efectos
ese reír descarado
que la que no se ha fijado
ahora repara en defectos
en que nunca ha reparado.

¿Anduve yo hecho un bolonio
implorando su piedad?
¿La pido á usted en matrimonio?
Pues entonces ¿qué demonio
le importa á usted mi fealdad?

(1) Del libro en prensa que con este título publicará en breve nuestro compañero de Redacción D. Enrique Menéndez Pelayo.

Si no le inspiro interés
ninguno en esta cuestión
le pide á usted su opinión;
sin contar con que eso es
de muy mala educación.

No todas son de su gusto,
y si á usted le doy disgusto
por no tener más que el hueso,
á otra le causaba susto
una vez que estuve grueso.

¿Cómo buscar la armonía
de gustos tan desiguales?
Esa, á quien me refería,
que le gustaban decía
los hombres espirituales.

Yo al saberlo, claro está,
di en enflaquecer sin tino;
pues aun contenta no está,
y más espíritu ya...
ni el espíritu de vino.

Conque abur: hermoso ó feo:
si se ocupa usted de mí
la mando á usted á paseo...
bien que no, porque ya veo
que nunca sale de allí.

No pienso hablarle de amor
ni andar haciéndole el oso:
conque ¡que siga ese humor!
Y si soy feo, mejor...
¡para eso no soy gracioso!

TRADICIONES MONTAÑESAS.

VALDÁLIGA.

I.

La poderosa mano del tiempo había arruinado, al par que su poder, gran parte de los monumentos que la orgullosa ciudad del Tiber había fijado en nuestro suelo: pretoros y procónsules, termas y aras, templos y acueductos habíanse desplomado ante la inmensa avalancha de las naciones del Norte; y el águila que con sus garras apresara un mundo, había sido herida por las manadas de cuervos levantadas al golpear de las frameas germanas en las sagradas selvas de Odín.—El santuario de la patria fué profanado, y ni aun puede librarse el tabernáculo de la gloria romana que orgulloso se asentaba sobre el cerro capitolino.—Alarico con sus godos, Atila con sus hunos, Genserico con sus vándalos, y Odoacro con sus hérulos, recorrieron la Italia arrollando sus ejércitos, devastando sus ciudades y profanando con su salvaje planta las villas y las vias funerarias; y si algo los contuvo en su desbordada marcha, no fué la enseña que altiva se elevó en el Capitolio á nombre del Júpiter que lanzaba sobre el mundo los rayos del exterminio, sino la de unos pobres pescadores discípulos de Jesús, que en la cumbre del Gólgota murió con los brazos abiertos, convidando á los hombres con la caridad y el amor. El gran coloso se vió desmembrado, y sus mas ricas provincias en poder de los conquistadores; España, siempre codiciada y siempre invadida, lo fué esta vez también, y los alanos, los vándalos y los suevos fueron los precursores de la más estable dominación de los visigodos: la guerrera raza primitiva, enervada por el sensualismo romano que la había absorbido, no opuso resistencia á los nuevos invasores, y los romanos, con quien éstos tuvieron que luchar, no eran, no digo ya los soldados de Scipión y César, pero ni siquiera aún los que en tiempo de Adriano y Alejandro Severo les hicieron respetar el ya agonizante poder de Roma: bien pronto ellos también, trasplantados á una atmósfera de civilización demasiado rica para sus rudos temperamentos, habían de perder su carácter guerrero y su empuje arrollador, para ceder el campo á otro pueblo joven y no menos salvaje que, al par que castigara sus culpas, fuese el despertador de aquella raza vigorosa y fecunda que aún no había mostrado sino fugaces destellos de su futura gloria.

Pero no adelantemos los sucesos.

Ya lo dije antes: la primitiva raza había sido enervada por la dominación romana; quedaba, sin embargo, un pueblo, pueblo independiente y fiero, al que no bastó á oprimir todo el poder de la reina del mundo, pueblo compuesto de héroes, en que, según la expresión de Silio Itálico, «no se sufría el vivir sin guerrear, porque tenían vinculada á las armas la razón de toda luz: pueblo

heroico y aguerrido, de nadie avasallado, de nadie vencido, y asombro del universo; los godos sufrieron también la fuerza de su invencible brazo, pues cuantas veces intentaron penetrar en su virgen seno, fueron rechazados por el valor de sus hijos, arrollados en cien encuentros, perseguidos hasta en los llanos y obligados á respetar á aquel puñado de valientes que libres nacieron y libres habían de morir. Existía, empero, un poderoso talismán, una divina influencia que uniría á los dos pueblos; la religión de la Cruz; desde que Recaredo, ocupando el trono del guerrero Ataulfo y Chindasvinto el legislador, proclamó la pureza de su fe y su incondicional sumisión al Dios de San Isidoro, los lazos se estrecharon notablemente y el amor, para quien nunca hay fronteras, cubrió con guirnaldas de tupida madre-selva las tumbas aún abiertas, á las que sólo dió sombra el copudo y sombrío follaje del robusto tejo y las hojas preciaadas de los laureles cantábricos; no debió parecer mal á las bellas hijas del Norte conocer las caricias de los terribles guerreros del septentrion y ver rendidos á sus pies á los abatidores de la orgullosa Roma; por otra parte, las sencillas hijas de nuestros bosques debieron deslumbrarse ante aquellos intrépidos soldados de brillante armadura, que ofrecían á su amor, junto con el fuego del hijo de las selvas, las gratas delicias de los dominadores de Toledo: los matrimonios entre godos y cántabros fueron frecuentes desde entonces: ¿Qué extraño, pues, que veamos, en la época en que fué nuestro relato, á los dos pueblos ya unidos y ocupando los cántabros los puestos más honrosos de la corte visigoda? Favila y después su hijo Pelayo (1); Pedro, padre del que fué Alfonso I, y Andeca, á quien se reservaba la gloria de morir en Guadalete, fueron fieles guardadores de la diadema imperial: estando el primero casado con una hermana del rey don Rodrigo y siendo los últimos padres de poderosos monarcas (2).

II.

Las llanuras del Hegiaz y del Yomen, se estremecieron á la voz del enviado de Dios, del Profeta; los intrépidos pastores de la Arabia, los hijos de Agar y de Ismael, corrieron á agruparse en torno de la enseña que se alzaba por primera vez en Medinath-Nabi, al grito poderoso de «No hay Dios, sino Dios, y Mahoma es su Profeta»; y el mundo presenció asombrado aquella peregrinación armada, en que en premio de la muerte se alcanzaba el paraíso, y por las fatigas del combate, los abiertos brazos y el seno palpitante de las huries del Profeta: «Cada uno de los creyentes—decía Abubekr á sus fanáticos soldados—será dueño de Alcáceres de oro y poseerá en ellos tiernas doncellas de ojos negros y rasgados y tez alabastrina: sus miradas, más agradables que el Iris, no se fijarán sino en vosotros: aquellas huries nunca se marchitarán, y serán tales sus encantos, tan aromático su aliento, y tan dulce el fuego de sus labios, que si Dios permitiera que apareciese la menos hermosa en la región de las estrellas, durante la noche, su resplandor, más agradable que el de la aurora, inundaría el mundo entero.»

Con esas brillantes descripciones, que tan abundantes se encuentran en el Korán, halagado el sensualismo de aquellas feroces tribus, excitado su fuego por la pasión y fanatizados por el deleite, corrían al combate y morían con los labios contraídos en horrible sonrisa, cual si creyeran depositar su alma en los labios entreabiertos de una hurí. ¿Cómo no habían de arrollar á las envilecidas naciones del Asia y del Africa aquella avalancha de fanáticos, á la que decía su califa: «La cimitarra es la llave del paraíso: una noche de centinela es más provechosa que la oración de dos meses: el que perezca en el

(1) Sobre el origen de raza cantábrica primitiva de don Pelayo y don Alfonso I, y, por consiguiente, de los reyes sus sucesores, me propongo hablar y probarlo en otro artículo, Pelayo. A él remitiré á mis lectores, pues no me ha parecido que debía aducir aquí pruebas que necesariamente tendría que reproducir en él y que harían enojosa la relación.
(2) El duque Pedro fué padre de don Alfonso I, el Católico; y el duque de Andeca Eudonde Aquitania y, según Humberto Hispalense, de Jimeno, padre de García Ximenez, primer rey de Navarra.

campo de batalla será elevado al cielo en alas de los ángeles; la sangre que derramen sus venas se convertirá en púrpura y el olor que exhalen sus heridas se difundirá como el almizcle.» El torrente se desborda. ¿Quién osará oponerse á su triunfal carrera? La Siria y la Persia caen; Damasco, Bostra, Tadmor... ven tremolar en sus muros las banderas del profeta; la inundación se dirige al Egipto; Alejandria y Menfis presencian su triunfal paseo, que no otra cosa puede llamarse á la marcha de aquellas columnas impulsadas por el aliento de Allah, y que, cual otro Ashebero, parecen sentir á su espalda el repetido grito de *anda... anda...*; y las ciudades de Anibal, Catón y San Agustín, Cartago, Utica é Hipona se rinden también á la furia islamita: ¡ya sus pendones son dueños del mundo! ¡ya de la Persia á Al-Magreb se acata la ley de Mahoma! Sus tropas llegan á las orillas del Océano; ¿se detendrán allí? ¡Allah! ¡Oh Dios!—grita su terrible caudillo;—si la profundidad de estos mares no me contuviera, yo iría hasta el fin del mundo á predicar la unidad de tu santo nombre y las sagradas doctrinas del Islam.—Pero si sus ojos sólo la inmensidad de los mares descubría á su frente, dirigiendo al Norte la vista, vió las playas cubiertas de verdura y las ricas comarcas de Andalucía, de las que sólo les separaba un estrecho, un nuevo mundo se abría á sus conquistas: el profeta prometió á sus defensores el Oriente y Occidente, y la profecía iba á cumplirse; un paso más, y la cristiana España doblaría su frente ante el corvo alfanje de Damasco; un pequeño esfuerzo, que por algunos años se contuvieron regando con su sangre la tierra de Al-Magreb, marcharían unidas á derrocar la monarquía de Recaredo y Wamba; el paso, sin embargo, tardó en darse: á principio del siglo VIII fué cuando tomó el mando de las fuerzas del Occidente Muza-Ben-Nosseir, recibiendo del califa de Damasco el título de walí; recorrió sus conquistas, vió á sus soldados impacientes apretando entre sus manos los pomos de sus victoriosos aceros; sus ojos, chispeantes por el fuego de la gloria, parecían pedir nuevos ejércitos que derrotar, nuevas tierras que someter al culto del profeta. Muza se sintió invencible, y sólo esperaba la ocasión de poder dirigir las fuerzas al logro de sus deseos; la conquista de España era por entonces el colmo de su ambición.

Harto conocido es el lamentable estado del reino de Toledo; Muza lo sabía bien; el pueblo judío era su confidente, y la traición de algunos nobles godos el aliciente á sus empresas: sin detenernos en los sucesos preparatorios de la invasión, contemplemos frente á frente las fuerzas de ambos imperios: de un lado gruesas y compactas tiufadías (1) cubiertas de aceradas cotas, protegidas sus piernas con ocreas de bronce (2) y resguardadas tras los clipeos (3), que los cubrían desde el cuello á la rodilla; de otro, pequeños pelotones con ligeras túnicas verdes y encarnadas, blanco turbante, corvo alfanje á la cintura y arcos largos y ligeros, con los que cubrían el sol con la nube de sus flechas; al frente de los guerreros de Toledo y de su brillante caballería, rodeado de su guardia de espartarios (4), el rey, sobre carro de marfil y cubiertos sus hombros con un manto de púrpura sujeto sobre el pecho con dos broches de oro; sin embargo, bajo la púrpura real se veía relucir la fina armadura del guerrero: Tarik, á la cabeza de sus jinetes, de blancos alquiceles y ligeros potros, sólo se distinguía de sus capitanes en lo arrogante de su rostro y en lo impaciente de sus movimientos: después, en ambas alas de los ejér-

(1) Los godos tenían dividido el ejército en tiufadías de mil hombres, mandadas por milenarios, quingentarios, centenarios y decanos, que correspondían con nuestros coroneles, comandantes, capitanes y oficiales: los prepositos eran semejantes á nuestros brigadieres y mandaban varias tiufadías, y un preposito general, ó general en jefe, todo el ejército.
(2) Pieza de antigua armadura que defendía la pierna; eran generalmente de cobre ó bronce.
(3) Era un broquel ó escudo completamente redondo, cóncavo al interior y de casi la altura de un hombre.
(4) Guardia de confianza de los reyes visigodos; tengo motivos para creer que fuesen cántabros casi todos; de esto me ocuparé en otro artículo.

citios, difícil sería detallar las armas y el orden de las huestes; dos inmensos pelotones de gentes reunidos á toda prisa cubrían los flancos godos; lanzas, picas y espadas de dos filos, revueltas con guadñas y chuzos, y entre los que se distinguía la *gucica* (1) vasca y el *espiculum* (2) de los cántabros, brillaban en confuso desorden, no llevando alguno de los combatientes más armas defensivas que tórax de metal (3) ó la lórica linteá, (4) que conocemos por algunos bajo-relieves de las guerras con Roma.

Más vistosas y no menos desordenadas eran las tribus auxiliares de los árabes, entre los que se distinguían, por su valor y fiereza, funesta en un principio á las armas del islam, los howaras, zauhugas y mazamudas, en que la diversidad de las armas se compensaba con la igualdad de miras y de valor.

Los godos cubrían la llanura; el ejército invasor apenas si llegaba á la cuarta parte de sus fuerzas; los unos, sin embargo, eran los conquistadores de medio mundo; los otros, los corrompidos godos de la corte de Witiza y de Rodrigo, unos combatían unidos por la fe de Allah, los otros divididos por intestinas rivalidades; el choque, á pesar de todo, debió ser terrible: aún palpitaba en el corazón de los soldados de Rodrigo la ardiente sangre de los fieros germanos, de los héroes de la Selva Negra y de Roma, de Narvona y de Chalons; aún sus corazones, cristianos ya, recordaban la deliciosa mansión del Wall-halla donde el valiente guerrero que sucumbía en el combate descansaba eternamente en brazos de las valquiris; aún se inflamaba su pecho al ver el pendón primario que ya ostentaba el obispo Urbano; aún la figura de su rey, realizada con el brillo de su valor en aquel día, exaltaba sus corazones entusiasmados de su religión y de su patria. Además, Asturias y Cantabria, que no habían sido contaminadas, se hallaban allí, la primera con sus contingentes, que sacaron los godos; la segunda, como auxiliar, con sus condes á la cabeza (5).—Tiñóse el río con la sangre de los héroes; oscurecióse el sol con el polvo del combate, el suelo tembló con la caída de tantos valientes; y este desaffo á muerte en que 125.000 hombres de ambas huestes despreciaron su vida por concluir con la de su contrario duró tres días; el vienes 31 de julio de 711 los árabes, yarotos por tanto esfuerzo empezaron á desordenarse. ¿Qué los impulsa de nuevo el combate? ¿es la resolución de su jefe, que, lanzándose á su frente, les promete la cabeza del rey? ¡Oh, no; que la eterna maldición de la patria caiga sobre los traidores! Sisebut y Ebas, los hijos de Witiza y el traidor Opas, cargan á las fuerzas cristianas al lado de las islamitas, y probablemente de las fuerzas de D. Julián, que se cree acompañaron á los árabes. Aquel golpe fué rudo para los nuestros; todo es confusión y desorden; sólo un grupo se distingue por su valor: á la cabeza está Rodrigo, no ya en el carro de marfil como rey, sino en su poderoso caballo de batalla, en su fiel Orelia; la guardia de espartarios, casi todos paisanos de su conde D. Pelayo, rodea al monarca; de los *leudes* godos sólo Teodomiro, el que después se inmortalizó en Orihuela, quedaba á su lado, en cambio honora á la fiel Cantabria! sus condes auxiliares estaban junto á él: Pedro, Andeca, que murió allí peleando, Pelayo y parte de los *tuisos* (6) de las fuerzas que sólo llegaron á Ecija, corrieron al combate. Todo concluyó al fin: Rodrigo quedó en el campo atravesado por la lanza de Tarik; de entonces comienza la cautividad de España y la retirada al libre solar de la Cantabria y Asturias.

III.

Si rápida fué la conquista de los godos, no lo fué menos la de los árabes; en dos años, poco más, eran dueños de casi toda la Península, y desde el Gaia al Finisterre, desde Rozas á Tarifa habían paseado sus pendones asentando su dominación; Córdoba y Mérida, Tolaitola y Auriola (Toledo y Orihuela)

(1) Lanza corta que blandían cantando canciones guerreras; era temible en sus manos.
(2) El *espiculum* era realmente una punta de flecha que llegó á confundirse con el *pilum* ó lanza corta como la *gucica*.
(3) Coraza.
(4) Cota ó chaqueta no ajustada al cuerpo, hecha de un pedazo de tela en varios dobles; era defensa de los montañeses del Norte, y se empapaba en vinagre ó sal.—*Arco de Trojano*.
(5) Las fuerzas cántabras no estuvieron en Guadalete; sólo llegaron á Ecija, pero hubo en la batalla varios jefes.—Sota, *Crónica de los principes de Asturias y Cantabria*.
(6) Oficiales. Esta palabra es celta, y tal vez fuese celta, como la raza, todo el lenguaje primitivo de los cántabros: *tuis*, escrito *tuis* equivale á jurar, y *so*, escrito, *so* significa es ó está. Literalmente, pues, era su nombre *jurado es, ó jurado está*. *Dictionnaire celtobreton de Le Gonidec*.

4 de diciembre.

resistieron en vano á los hijos de la espada; esta última población, sin embargo, tuvo la suerte de ser cabeza de un pequeño estado cristiano, verdadero oasis en aquel mar de barbarie, salvado por el auxilio de Dios, la prudencia y valor de Teodomiro y el denuevo varonil de sus mujeres (1).

También en los extremos de la Península fermentaba ya la semilla de los futuros estados de los Alfonsos y Fernandos, de los Iñigos y Jiménez, de los Pedros y Jaimés y de los Jofres y Berengueres, y pronto iba á comenzar la gigantesca lucha de ocho siglos, epopeya gloriosa del catolicismo y de nuestra patria. Los fugitivos godos acudían á refugiarse en los montes con los objetos de su culto, y las montañas de la Cantabria, Asturias y Bosconia recibían diariamente con generosa hospitalidad á los que en un principio fueron sus encarnizados enemigos: entre estos fugitivos vino el obispo Urbano, metropolitano de Toledo, escoltado por las fuerzas de D. Pelayo (2); precioso era el depósito que custodiaban: el arca santa que se conserva en la Cámara de la Catedral de Oviedo y los libros de la Iglesia visigoda se salvaron así de perecer en la común ruina.

La Cantabria, según la opinión de eruditos historiadores, de los que sólo citaré por su reconocida buena opinión á Mariana y Sandoval, ya que á los cronistas de la provincia podía tachárseles de parciales en esta materia, estaba dividida en tres condados ó ducados independientes, y como este es punto que creo que debe quedar bien sentado, aduciré, aunque saliéndome un poco del plan que me había trazado en este artículo, una prueba sola de esta verdad, pero prueba evidente y confirmada: á D. Pelayo, primer rey de las Asturias de Oviedo, sucedió su hijo Favila; su otra hija Homersinda estaba casada con don Alfonso, hijo de Pedro, otro de los condes de Cantabria, de quien heredó estos Estados, y que constituían casi en su totalidad lo que después se llamó Asturias de Santillana. Ahora bien; está probado por la opinión de grandes autoridades históricas, y sobre esto debe verse lo que dice en confirmación de ello el P. Flórez en su *España Sagrada*, tomo xxxii, cap. xxiii, que al ocupar D. Alfonso el trono de su suegro, fué cuando la Cantabria formó parte del reino de Asturias, y si esto es así, resulta claro: 1.º La existencia de los tres condes ó duques que he mencionado. 2.º Que es cierto y evidente el pacto ó liga de que á continuación hablaré. 3.º Que por haberlo heredado de padres á hijos se agregó el Estado de Cantabria al reino de Asturias; y por último, que la Cantabria no estuvo nunca sujeta á la corona gótica, porque entre los godos no se conocían los Estados por juro de heredad, no siéndolo, como no lo era tampoco su regia corona; y si algunos títulos se encuentran entre ellos, eran siempre vitalesios y con calidad de gobiernos, siendo con frecuencia trasladados de unos á otros.

Siendo, pues, mi interrumpida narración, diré que, así como en Asturias se había asentado por fin, y tras largas luchas, la dominación goda, así también la Bosconia había por esta época estado más ó menos sujeta á su dominación, y, como es natural, una vez derrocado el reino de Toledo, aquellos Estados quedaron sin señor. Los tres condes que había en tiempos de don Rodrigo eran: Favila, padre de Pelayo; Andeca, padre de Eudón, y Pedro, del que después fué Alfonso el Católico. Muerto, como ya se ha dicho, Andeca en la batalla de Guadalete, su hijo Eudón, que por su mujer poseía ya el Estado de Aquitania, le sucedió en el condado de Cantabria y pretendió unir á sus estados la Bosconia, sin jefe á la sazón. Esto fué motivo de grandes altercados, que hacían augurar una guerra, guerra funestísima para todos, puesto que las armas del falso profeta avanzaban victoriosas, penetraban en Asturias, se fijaban en Gijón y hubieran sido dueñas del resto de la Península si el patriotismo no uniera á aquellos rudos, pero generosos y valientes montañeses.

El obispo don Servando de Orense, que floreció en tiempo del rey don Pelayo y se halló en Covadonga, siendo después historiador de sus hechos, dice que conoció de vista al duque Eudón, y añade estas palabras: «Entre Eudón de Aquitania y el duque Pe-

dro (1), su tío, había diferencia sobre las tierras de sus señoríos; mas después se conservaron en paz contra los moros.»

Estos avances, y el peligro era inminente; los tres duques resolvieron orillar, de común acuerdo, sus querellas y unirse para hacer frente al enemigo común; reuniéronse, pues, en lo interior de la antigua Cantabria baja marítima, que después se llamó las Montañas bajas de Burgos ó de Castilla la Vieja y Asturias de Santillana (2): un bosque inmenso, del que aún quedan grandes y espesos trozos, era el palacio de aquella Asamblea, que bien podemos llamar nacional; no serían largas sus sesiones, y las cuestiones, si las hubo, ante la gran causa que los unía, y que era, en primer término, salvar la religión y la patria, pronto debieron resolverse, conviniendo, en fin, en lo que Eudón pedía; y éste agregó á sus estados la Bosconia. Acordósetambién, para resistir á los árabes, que Pelayo fuese reconocido por rey en las Asturias de Oviedo, y diese la mano de su hija para Alfonso, el hijo del duque Pedro; un prolongado redoble, producido por el choque de las picas con los broqueles, dió á conocer á los jefes la entusiasta aprobación de los guerreros, y un repetido y lúgubre graznido se dejó oír en los aires, de los cuervos que levantaban su asustado vuelo de las altas copas del follaje, cual si gozasen ya con la carnicería que aquella lucha heroica iba á producir: la reconquista española había nacido en Cantabria, bien pronto recibiría su confirmación en el noble solar de Asturias. Covadonga.... Lutos.... Clavijo, la cubrieron de laureles. «De la pacificación y amigable concordia de estos tres señores parientes, dicen Sota y Cossío, resultó la liga que contra los moros hicieron, la cual, por el sumo bien que de ella redundó en España, fué tan decantada, aplaudida y celebrada, que el sitio ó lugar donde se asentó y juró fué denominado de ella, llamándose hasta hoy el Valle de la Liga, y abreviado por el vulgo Valdáliga» (3).

MUNIO DE FRESNEDO.

Comillas, julio 1873.

UN GENERAL FRUSTRADO.

Era una rubia deliciosa, de hermosos cabellos de oro, sueltos en abundosa y ondulante melena, siempre asomada por encima de unos hombros que hoy son redondos, de los cuales pretendía vanamente retirarlos una frecuente sacudida de aquella cabecita de ángel... Vestía un traje de lanilla clara, á cuadros, cuya falda no bajaba mucho más allá de la rodilla; calzaba diminutas botinas imperiales por cuyas cañas asomaba la ceñida media, color de chocolate crudo. ¡Entonces me moría yo por el chocolate crudo!

La vi una mañana, ¡y nunca la viera! Iba yo á la cátedra de primero de latín con el respetable dómimo de Mazcuerras: ella iba al colegio acompañada de una doméstica, entrada en años. Al verla, la correa de que iban pendientes mis libracos, se desprendió de la mano. Mi rubia se emocionó también, y aun creo que la criada me dirigió una mirada de simpatía ó compasión, comprendiendo el chisporroteo que se acababa de armar en el hornillo de mi alma.

Ya no fui á clase. Recogí del suelo á Córdoba—cuya era la gramática que yo no estudiaba,—y seguía hasta la puerta del colegio á mi desconocida, que muy frecuentemente volvía la cabeza para mirarme con tierna expresión. Mi inquietud era tan grande como mi alegría; creía yo que todos me miraban con envidia, hasta las señoras que encontráramos al paso, y mi triunfo no dejaba de avergonzarme cuando la mirada de algún transeunte se fijaba realmente en ella y en mí.

Llegó al portal; se volvió para lanzarme la última mirada, y subió precipitadamente la escalera. Era alumna del Colegio de la Purísima. La criada aguardó un momento en el dintel, como si esperase una interpelación de mi parte; pero conociendo, sin duda, que yo no me atrevía, emprendió el camino de vuelta para casa. Yo la seguía á corta distancia, sin saber de qué pretexto valirme para abordarla y averiguar el nombre de mi adorada. —¡Si tuviese un duro!—pensaba yo; pero

(1) En el sitio de Orihuela, Teodomiro hizo á las mujeres aparecer en las murallas al aproximarse los moros; cubrieron los puestos en traje guerrero y con el cabello por la cara imitando las barbas, y ellos que no esperaban encontrar tan bien guarnecida la plaza, admitieron su capitulación con condiciones ventajosas.

(2) Sota, *Príncipes de Asturias y Cantabria*.

(3) Componen actualmente el Ayuntamiento de Valdáliga los pueblos y barriadas siguientes: Caviedes, Cara, Labarces, Lamadrid, Revilla, Roiz, San Vicente del Monte, Tejo, Treceño y Vallines.

entonces era para mí un duro imposible, tan imposible como ahora. Y así seguía detrás de la maritornes, temiendo que todos los portales fueran los de su casa y que de un momento á otro se metiese en uno, quedándome yo en la misma ansiedad é igual ignorancia, como sucedió en efecto, porque la muchacha, sin encontrar hortería ni soldado que la detuviese, no tardó en llegar á su casa. Entró sin cuidarse de mí, y yo, á falta de mejores detalles, fijé en la memoria el número del portal, entré en él y observé desde abajo en qué piso se metía la doméstica. Después salí á la calle, llegué á la Plaza Vieja y vi que eran las once en mis dos relojes, el de la Catedral y el del Ayuntamiento. Faltaba una hora para que mi hermosa rubia saliese del colegio, y sobraba media para la de salida de cátedra; de suerte que podía volver á casa sin cuidado.

Cuando llegué, me había serenado casi por completo. Estaba resuelto. Me encerré en mi cuarto, y después de escribir seis plieguecillos verde-manzana, entresacando párrafos de todos ellos, hilvané una declaración que me dejó satisfecho. El efecto era seguro.

«Preciosa rubia: no se cómo se llama usted; pero su angelical hermosura me ha enamorado repentinamente. Si Vd. me corresponde, estoy resuelto á todo.»

Esto y algo más, aparte también de algunas líneas de puntos suspensivos, era mi carta. Cuando la hube leído por centésima vez y me resolví á cerrarla, faltaban pocos minutos para las doce. Con mi declaración en el bolsillo, me lancé otra vez á la calle, y no tardé en llegar á la puerta del colegio firmemente decidido á atreverme.

Las criadas iban llegando, y entre ellas no tardó en hacerlo la de mi rubia. Una y otra bajaron, y yo las esperé á pie firme en el dintel de la puerta. Cuando la niña pasó á mi lado, sus ojos azules me miraban alegres, y me dijo adiós, como si me conociera de toda la vida. ¿Qué esperaba yo? Cerré el paso y saqué del bolsillo la cartita verde.

—Señorita—le dije sin poder evitar que la voz temblase denunciando mi emoción,—tiene usted la bondad... me hace usted el favor...

Y sin poder terminar la frase, dejéla en las manos la carta, con algunas partículas de tabaco, dos fósforos y un papel de fumar arrugado que con ella habían salido del bolsillo, y me alejé á buen paso, doblando por la primera esquina que pude encontrar. Allí me detuve, acomodé la cabeza y vi alejarse á la niña, que á medida que se volvía, indudablemente con la esperanza de que yo me acercase á ella ó la siguiera. Cuando ya iba lejos, me decidí á seguirla, procurando no acortar la distancia, hasta que llegamos á su casa. Entró, y me puse á pasear en la acera de enfrente, enterneciendo con mis miradas los hierros de sus balcones.

Calle arriba, calle abajo, dieron las dos. El cansancio y el apetito me aconsejaban dejar la aventura para más tarde, y ya me disponía á seguir estos consejos, cuando las cortinillas de uno de los balcones se movieron, se abrió una puerta, asomó una mano y echó á volar un papel que vino á caer en mi sombrero. Algunos que pasaban me miraban, alzaban después la cabeza hacia el balcón, que ya se había cerrado, y, por fin, seguían su camino sonriendo. Yo los miré sin atreverme á pedirles cuenta de su sonrisa, pero pensando en que si lo hiciera y no me rompiesen nada, esto sería el colmo de mi felicidad. Me conformé, no obstante, con la que ya había alcanzado, y refugiándome en el mismo portal de la rubia, rompí emocionado el sobre de su misiva, y hé aquí lo que leí, salvo la ortografía, que era, por lo cierto, una de las cosas que no enseñaban en el Colegio de la Purísima:

«Caballero: su amor me enorgullece, porque estoy segura de que es Vd. un hombre formal. Ya habrá Vd. comprendido desde el primer momento mis simpatías, y no necesito animarle á Vd.; pero si tan grande es su afán porque le corresponda, siga Vd. la carrera de militar. Mi papá dice todos los días que ya no se puede ser más que militar ó cura; pero los curas no se casan, y además no les sale el bigote. Cuando Vd. llegue á capitán me gustará ser capitana.

La criada tiene también un novio que es asistente, y ya le diré yo que Vd. va á ser militar para que le deje acompañarme al colegio.»

Con efecto, desde aquel día, y durante los tres ó cuatro siguientes, la acompañé del colegio á casa y de casa al colegio, remitiéndole con las mismas palabras lo firme de mi amor y mi resolución de ser militar para alcanzar el suyo.

Pero cada día estaba yo más convencido

de que aquello no iba á poder ser, al menos por los medios ordinarios. Mi padre no se parecía en nada á mi futuro suegro; no le gustaba la vida de los militares, y los amoríos de los chicos le ponían hecho una furia. Yo no me atrevía á decirle que quería ser cadete, y menos á dejarle comprender por qué quería serlo. Ya me esperaba una serie de palos por faltar á clase, y lo probable era que repitiese la dosis si se enteraba de la causa de mis novillos. Los viejos no olvidan fácilmente la edad de sus pasiones; pero cuando se trata de las ajenas no saben respetarla. Para ellos todos son chiquilladas.

Mi situación era, pues, cada día más apurada, porque cada uno perdido me alejaba del logro de mis deseos. Y aquella era la ocasión: la guerra civil estaba en su apogeo, y se hacían oficiales hasta de milagro.

Por fin, ya que me faltaba ánimo para plantear la cuestión en el hogar paterno, me resolví á emprender otro camino, que si podría ser más largo, era también más seguro. Se trataba de ser militar. Mi padre tenía un amigo coronel de la guarnición de la plaza, un señor muy bonachón y complaciente, que cuando me encontraba á solas me largaba algún cigarrillo de la Habana, del que yo hacía dos, que me sabían á gloria. Paseaban juntos muchas tardes, y algunas veces les acompañaba yo en sus paseos. Le enteraría de mis amores, de las exigencias de Luisita y ené, que conocía la manera de pensar de mi padre, con quien disputaba todos los días á causa de su prevención contra los militares, comprendería mi situación y me sacaría del apuro, ó bien, comprometiéndose á lograr que me metiesen en una academia de cadetes, cosa difícil de conseguir, ó proponiéndome los medios de sentar plaza y llegar á capitán matando carlistas, para lo cual me sentía yo tan animoso como otro cualquiera.

Sin más vacilaciones me encaminé al cuartel; un cabo me condujo al despacho del coronel, al que hallé en mangas de camisa.

—¿Qué hay, granuja? ¿A qué vienes tú aquí?—me preguntó visiblemente sorprendido con la visita.

—Pues á hablar con usted.

—¿A hablar conmigo? ¡Voto va! ¿Se le ofrece algo á tu padre?

—No, señor. Es un asunto mío, del que depende mi porvenir.

—¡Diablo! ¿Qué dices de porvenir? ¿Pues no vas á ser abogado dentro de dos docenas de años, al paso que vas?

—No, señor. Yo quiero ser militar.

—¡Bravo! Esta tarde se lo diremos á tu padre, y mañana estás desollado. ¡Diablo de chico! Y vamos á ver, ¿por qué quieres ser militar? ¿Vienes á pedirme el uniforme?

—No lo tome usted á broma. No tengo más remedio que ser militar. Vengo á pedirle á usted que hable con mi padre, y en último caso, á sentar plaza.

—¡Diablo! ¡Diablo! ¡Diablo! A ver, á ver. Explicate muchacho.

Y el coronel, admirado de la seriedad con que le hablaba, se sentó en una butaca, encendió un habano y me dió un cigarrillo, sin duda para animarme.

—Pues, sí, señor, continué yo. Echelo usted á risa; pero mi novia quiere que sea militar y tengo que serlo, aunque papá se oponga y aunque me desuelle, como usted dice.

Y para ahorrar explicaciones saqué las cartas de Luisa y, poniéndolas sobre la mesa, le dije:

—Hágame usted el favor de leer eso.

El coronel desdobló la primera carta, dió un salto en la silla, volvió á sentarse, leyó la carta otra vez, luego me miró de un modo que me puso los pelos de punta, y por fin se levantó avanzando hacia mí en actitud irridada y amenazadora.

—¡Voto va! ¡granuja!—me dijo cogiéndome por una oreja y levantándome en vilo;—yo sí que te voy á descuartizar, tunante, mocoso, canalla. Pues bonito genio tengo yo para que un zanguango como tú venga á hacer arumacos y á escribirse cartitas con mi Luisa.

Y llevándome hasta la puerta, suspendido por la oreja, me asestó á lo más blando la punta de la bota y fui á dar de narices en el suelo, después de bajar rodando las escaleras.

Luisa es hoy una capitana con tendencia á la obesidad; ha realizado su bello ideal, porque, después que salió del Colegio de la Purísima, se rindió á las primeras intimaciones de un capitán hecho.

Yo no he llegado á general... porque su padre no quiso.

O. C.

La literatura francesa triunfa en toda la línea. A la comedia de Jorge Ohonet, que, como oportunamente dije á ustedes, ni mató ni esparió, según la frase vulgar, ha seguido, en el teatro de la Princesa, el estreno de un juguete cómico, que, según declaran los carteles, está escrito sobre el pensamiento de una obra que ha alcanzado un gran éxito en París.

Yo creo que en el divertido juguete con que nos solazamos anoche hay algo más que el pensamiento de una obra francesa; pero como no lo sé de fijo, no lo podría jurar.

Sin embargo, aquel plan general del juguete, y aquellas entradas y salidas vertiginosas, y aquellos condes polacos que en España no tenemos noticia, y aquel cuarto de soltero, y aquellas costumbres de casados huelen á franceses que apestan, dicho sea sin ofender al señor Pina Domínguez ni dudar de su palabra honrada.

No quiere esto decir que supongamos que el citado autor, imitando á tantos *truchimanes* como andan por ahí, se haya concretado á traducir la obra literalmente y sin poner nada de su cosecha, no, señor; afirmación semejante no se podría sostener sin notoria injusticia, porque cualquiera, el menos versado en literatura, advierte que en el juguete de Pina abundan las agudezas y los donaires de pura raza española.

A casa con los papás se titula, y en verdad que en el bautizo, y para elegir el nombre de la criatura, no ha andado el Sr. Pina tan afortunado como en su concepción.

Porque el juguete puedo asegurar que habría reír á una piedra berroqueña.

Nada de verosimilitud, ni de caracteres, ni de nada de eso que constituye una buena comedia; pero, en cambio, ¡qué de situaciones cómicas! ¡y cuántos chistes ingeniosos!

El primer acto es el más razonable de todos, si así puede decirse, que yo creo que no, y el público entra en la fábula y la admite sin darse cuenta de ello. Después, cuando la acción se disloca y los personajes parecen locos, las carcajadas que la obra produce impiden toda reflexión, y los espectadores se dejan arrastrar involuntariamente por aquel *totum revolutum*, acaso sin sentido común, pero que no puede ser más recogido.

Cuando se baja el telón, acaso exclama el público: ¡cuántos disparates! pero cuidando de añadir en seguida: ¡y como me he reído! y esta segunda frase borra la primera, ó por lo menos, la neutraliza.

Hay mucha gente que asegura que al teatro se debe ir sólo para reírse, porque llorar, bastante se llora en la vida, aunque no tengamos tal intención. Pues bien: todas las personas que así opinan pasarán por el teatro de la Princesa mientras duren las representaciones del juguete de Pina, y darán por bien empleado el dinero que hayan satisfecho por su localidad.

Rosell hace un papá delicioso, y la Pepa Guerra una mamá que no hay más que pedir. Verdad es que el matrimonio puede estar gozoso, porque se ha reproducido en dos hijas monísimas, la Mendoza y la Martínez, las cuales se comprende que, aunque algo ligeras de cascos, tengan locos de amor á sus respectivos esposos, Mario y Sánchez de León.

Bien puede decirse de ésta que, con sus defectos y todo, es una familia muy apreciable.

La obra está ensayada como todas las que Emilio Mario dirige, y no se podría encontrar elogio mayor.

Tendremos, ó mejor dicho, tendrán obrita para unas cuantas noches.

Y como la estrenen un poco, no será raro que se meta en Pascuas, como desearán sin duda el autor, los actores y la empresa.

Ya sabrán ustedes, porque todos los periódicos lo han dicho, que el jueves último se trasladaron los restos del inmortal Romea desde el cementerio en que provisionalmente estaban depositados, hasta el sencillo mansoleo que, con los productos de una suscripción, se ha erigido á su memoria y á la de Matilde Díez.

Tanto los escritores como los actores procuraron por cuantos medios estaban á su alcance, que la función fuese tan solemne como merecía.

No descenderé á los pormenores, porque seguramente los conocerán los lectores de EL ATLANTICO tan bien como yo.

Pero sí haré notar una cosa de que los diarios no han querido dar cuenta.

El público madrileño no ha tomado parte en la manifestación, y fuera de las coronas que adornaban al féretro, el cadáver del gran actor ha pasado por las calles de la capital como el de un cualquiera, con dos centenares de amigos detrás.

Romea no valdrá menos por eso; pero el pueblo de Madrid no ha ganado nada con su indisculpable retraimiento.

Como el cosechero de Jerez, habrá querido guardar su entusiasmo para mejor ocasión.

Por ejemplo: para cuando Mazzantini regresase de la Habana.

Le mot de la fin. También del repertorio traspirenaico. Perdonen Vdes.: los arregladores dramáticos nos han contagiado á los cronistas.

Entre académicos:

—Pero ¿ha visto Vd. cuántos tontos hay en el mundo?

—Muchísimos: por regla general, uno más de los que cada cual se figura.

S. DE TRASMERA.